

# LA SERPIENTE DE LA MUERTE\*

Nully Sánchez Castro<sup>1</sup>

Aquella mañana del mes de julio, los perros picoteaban los desechos de la basura, en esa calle resplandeciente de esa ciudad vieja que fue en el pasado un punto de llegada de los españoles que traían esclavos del África como negocio de la especie humana. Hoy han pasados varios siglos desde que una multitud acalorada corría desesperada por las calles como si hubieran recibido una noticia que cambiaría los destinos de sus vidas. Ahí se encontraba Elena, con los ojos abiertos, ella era una mujer morena de facciones gruesas, con el cabello gris marcado por los años, su rostro estaba lleno de arrugas que evidenciaban la tristeza y desolación de su destino, pero con un corazón noble que no le había cambiado por los tiempos de la turbulencia que había vivido.

Salió esa mañana de su vivienda, ubicada en El Cerro de la Popa, caminando con una pañoleta roja en la cabeza, además tenía una falda de flores que le llegaba a los tobillos y una blusa amarilla que sobresalía a lo lejos con sus destellos. Caminó varios pasos como si buscara una salida a los quebrantos

rotos de sus designios. Los que la conocieron sabían que, hacía muchos siglos, sus ancestros vinieron como esclavos de África. Otros rememoraban que ella vino en un viejo bus de madera, colorido, pequeño, de esos que andaban en el pasado como reliquias de una vieja época. No se sabe a ciencia cierta cómo llegó a esta ciudad. A decir verdad, lo único seguro es que llegó con una maleta de esas que se cerraban con broches y dos niños en los brazos. No tenía más bienes que sus hijos, pero ese día de infortunio la suerte marcó su destino como si hubiera caído una lluvia negra de tiempos inmemorables. Quiso detener la lluvia con sus manos. Sin embargo, no pudo, una fuerza demoledora la consumió en sus recuerdos. Tal vez quiso correr, pero cuando vio la turba humana, era demasiado tarde para ella. Andaba como alma solitaria en el mercado de la ciudad. Cuando se encontraba en ese sitio, perdió la noción del tiempo como si los años hubieran transcurrido sin haberlos vivido.

Se sintió más vieja que nunca, trató de recordar el pasado, aunque no pudo. Era como

---

\* Tomado del libro EL GALLO DEL DIABLO Y OTROS CUENTOS

<sup>1</sup> Magister en Diseño, Gestión y Dirección de Proyectos, Universidad Internacional Iberoamericana. Magister en Diseño, Gestión y Dirección de Proyectos, Universidad de León. Maestría en Educación, Universidad Simón Bolívar. Especialista en Pedagogía para el Desarrollo del Aprendizaje Autónomo, Universidad Nacional. Licenciada en español y Literatura, Universidad del Magdalena, docente universitaria y escritora. Actualmente vive en Cartagena, Colombia. Publicó los siguientes libros: "Cuentos de los pactos de la muerte", y "El gallo del diablo y otros cuentos", y ha escrito los libros "Un milagro de amor y otros cuentos, y El gallero de oro y otros cuentos". Correo electrónico: nullisc26@yahoo.com.mx



una cumbre borrascosa, como si hubiera borrado la memoria de su alma. Se sentó en la avenida, en la mitad de la calle, sosteniendo la mano derecha en un poste antiguo. Ahí se quedó inmóvil como si hubiera llegado al final de sus días. No entendía la crueldad de su vida. No comprendió qué estaba pasando. Pensó que el látigo de la muerte llegaría. En ese instante, cuando vio en medio de los vendedores ambulantes a dos personas, eran sus padres que habían acudido a su encuentro. La madre era de tez morena con cabello rizado, pero blanco como el algodón. Ellos la miraron desde lejos y le señalaron con la mano izquierda un adiós y le dijeron entre murmullos que nadie escuchó:

—Levántate y sigue con tu vida

Sin embargo, Elena no alcanzó a entender por qué los había visto en ese momento, si ellos habían muerto hace 30 años. Ella cerró los ojos, como si quisiera detener aquella visión que acababa de ver, cuando los abrió sus padres ya no estaban ahí. Alcanzó a advertir que su vida continuaba, a pesar de los azotes de la esclavitud de los tiempos.

Pronto empezó a ver a la gente correr comprando comida y medicinas, como si la vida hubiera llegado al final, pero no era así. Los caminos no se habían acabado. Ella continuaría viviendo el pasado de sus ancestros. Era que había escuchado la noticia que se oía en

los corrillos y en la calle, y que alborotó a las personas de la ciudad, como a los toros que corren en una corraleja cuando tratan de ponerle las banderillas. No alcanzó a asimilar las cosas que estaban pasando, les decían que los mercados iban a cerrar porque el Gobierno había decretado una cuarentena, porque una antigua enfermedad del pasado había vuelto como un asesino en serie para matar a todas las personas que se encontraban en la calle.

Era como una serpiente negra y silenciosa que estaba esparciendo su veneno en el aire y todo aquel que la tocaba se enfermaba. Precisamente, fue así como cientos de personas se fueron de este mundo, era como un enigma oculto que nadie podía ver. Ni sabían cómo desterrarla. Al fin y al cabo, las personas quedaban fulminadas e hipnotizadas con su aire porque no la veían. Lo único que se le ocurrió al alcalde de la ciudad fue que los habitantes se encerraran como si fueran hormigas. No podían salir de sus casas hasta que la serpiente negra se hubiera marchado de la ciudad.

Por eso, Elena no sabía qué hacer cuando vio la turba humana que corría despavorida por las calles de la ciudad. Las personas salían a comprar en tumultos como si el mundo se hubiera acabado. La alarma corrió como un caballo desbocado.

Elena había llegado a esta ciudad desde hace muchos años sin un peso en sus bolsillos, vino de un pueblo que está a varios kilómetros de la ciudad, y que muchos llaman Palenbu, con la esperanza de buscar fortuna. Elena salía todas las mañanas con una ponchera en la cabeza a vender cocadas, alegrías y otras cosas típicas de su región. Cuando escuchó la alarma quedó petrificada. Pensó entonces como piensan los viejos: “Cómo voy a salir mañana a vender para traer alimento a mis hijos”. Era como un mensaje desafortunado, que había llegado a esa humilde mujer para quemar sus esperanzas. Sintió que su destino acababa ahí, pensó que aquella pandemia, llamada “la serpiente de la muerte”, la abrigaría en unos segundos. Fue tanto su pánico que corrió confundida a esconderse en su casa como si fuera un malhechor que hubiera cometido muchos delitos; no quería ser alcanzada por los péndulos de la agonía. Se encerró junto a sus hijos porque creía que, confinándose, iba a salvarse de la inclemencia de aquel animal feroz. Pero, cuando pasaron los días y el confinamiento no terminaba, gritó como una fiera en celo: “No me arroyará la serpiente, no me cubrirá con sus agujas el hambre de la muerte”